

# Algo sobre Arqueología

Por ANTONIO BELTRAN MARTINEZ  
Catedrático de Arqueología de la  
Universidad de Zaragoza

Sagunto cobija su moderno caserío cabe la sombra protectora de un cerro que ha sido asiento de culturas pluricentenarias que en él dejaron sus huellas. Piedras venerables que un tiempo fueron parte del Teatro Romano o de otras viejas construcciones saludan al curioso desde cualquier rincón de sus actuales calles. Y así los hijos de Sagunto se familiarizan desde su niñez con el fecundo pasado y nada ha de extrañar que atraídos afectuosamente por él, sientan amor por las raíces que los unen, a través de piedras, cerámicas y ruinas, con aquellos viejos saguntinos y con los pobladores de ARSE, que escribieron con su heroísmo frente a Aníbal una de las gestas secularmente repetidas por los pueblos hispanos.

Como expresión práctica de esta afectuosa tendencia ha nacido y vive con anhelo que le augura próspero futuro el "Centro Arqueológico Saguntino" al que por tantos conceptos me siento estrechamente vinculado.

Su entusiasta labor buscando y explorando los alrededores de Sagunto y desvelando misterios prehistóricos de sus cerros han dado a la nómina de los yacimientos saguntinos nuevos nombres de la Edad de los Metales, de la Protohistoria y de la Historia de su pueblo.

En los tiempos que vivimos, teñidos de un utilitarismo materialista que se plantea frente a los hechos y a los problemas mucho más su *¿para qué?* que ninguna otra consideración, no carece de valor el abrir el razonamiento sobre la labor que el arqueólogo desempeña en la sociedad y la trascendencia que puede otorgarse a su tarea. Ciertamente ha

sido abandonada por las gentes por lo menos medianamente sensatas la idea de unos arqueólogos inofensivos en su manía de coleccionar viejas piedras y arruinados cacharros a riesgo de duras caminatas; pero no lo es menos que todavía continúa vigente en considerable número de mentes su consideración como amables coleccionistas que persiguen fines de estricta erudición. Y, sin embargo, nada más lejos de la realidad.

No vamos ahora a plantearnos la cuestión de la utilidad de la Historia; nuestros tiempos, más que ninguno otro, son los tiempos de la Historia.

La Arqueología es la Historia a la cual se confían dilatadísimos espacios geográficos, cientos de miles de años y millones de pequeños hechos que sólo a ella competen. La Historia literaria del viejo mundo, escrita por griegos y romanos, abrió sus ojos al Mediterráneo y a sus tierras contiguas, con tímidas excursiones hasta el centro de Europa, las nebulosas tierras del Próximo Oriente y apenas el Norte de Africa; y, sin embargo, mientras tanto, en todo el resto del planeta, pueblos organizados desarrollan culturas florecientes que existían aunque no fueran conocidas por nuestro mundo; los negritos de Malasia, los creadores de la famosa Zimbabwe africana o los constructores de la muralla andina, tienen un puesto en la tarea de los arqueólogos, aunque no posean historia escrita. El hombre, por otra parte, comienza a dejar memoria escrita de sí mismo hace apenas cuatro o cinco mil años, y aun entonces de modo muy deficiente; y, sin embargo, la Humanidad hace por lo menos 600.000

años que enseñorea la corteza de la tierra; y la historia no escrita de hace más de medio millón de años es tarea exclusiva de la Arqueología. Pero aún hay más; incluso en espacios geográficos que son conocidos por nuestra historia y dentro del marco cronológico a que ésta alcanza, sólo nos quedan registrados los acontecimientos excepcionales, aquellos que se salen de lo común o son realizadas por personas mimadas y seleccionadas. Cientos de miles de hechos y de personas se pierden; el callado heroísmo de quienes a diario cumplen con el oscuro cometido de vivir y perpetuarse escapa a la Historia escrita: en ella estará Aníbal y con él sus planes estratégicos, pero apenas cada uno de los hispanos y nómadas que fueron pieza esencial de sus victorias; tampoco se registrará el dolor de una madre que pierde a su hija ni el utilillaje de una casa, todo ese conjunto de objetos nimios, pero queridos, que forman la vida de un hogar. Y todo eso está recogido por las excavaciones arqueológicas que no descuidan ni uno solo de los elementos que nos pueden acercar a la vida de las personas que un día cumplieron su misión histórica en la Tierra, en papeles importantes o insignificantes, pero formando parte de esos conjuntos que, encadenados entre sí, son los eslabones de la inmensa serie de la Historia Humana.

He aquí cómo los arqueólogos tienen en sus manos, en exclusiva, cerca de seiscientos mil años de vida de la humanidad, cientos y cientos de kilómetros de tierras en todos los continentes y además todos los hombres sin excepción.

Dicho esto, cambiará el sentido de lo que significa recoger un modesto fragmento de cerámica o un informe trozo de piedra. En efecto, el hombre está rodeado por un paisaje vegetal y animal y apoya sus pies sobre una tierra determinada; fabrica utensilios y armas: se viste y se adorna; edifica sus abrigos y casas; crea el modo de des-

plazarse y arrastra cargas; cultiva las tierras y transforma sus productos; idea concepciones intelectuales y sistemas figurativos.

Y todo ello deja huellas indelebles que hay que seguir, encontrar y saber interpretar. Unas veces se trata de monumentos y ciudades impresionantes, como las pinturas de Altamira, las ruinas de Pompeya o el teatro de Sagunto; en ocasiones son joyas riquísimas las que nos llegan, como el tesoro extremeño de La Aliseda o los ricos hallazgos de Ur; en no pocos casos nos encontramos en presencia de la gran vanidad humana que intenta perpetuarse en las Pirámides egipcias o en la tumba principesca de Vix, pero ordinariamente lo que encontramos son pedazos de vida modesta fosilizada; la muñeca articulada de la necrópolis paleocristiana de Tarragona vale más como testimonio del amor de una madre hacia su hijita muerta que como ejemplo de arte eboraria; las ánforas llenas de vino de la taberna de Archena o los estrágalos del poblado romano de Fuentes de Ebro nos permiten contemplar a los operarios ibéricos murcianos bebiendo vino de Ricote después de haber consumido buena cantidad de caracoles cuyas conchas también estaban amontonadas en el suelo, o el juego de las adolescentes con las tabas que luego guardaban cuidadosamente en unas arquillas: un casco o una espada nos ponen frente a un soldado en toda su cálida humanidad. Nombres y hechos, secos y acartonados, cobran vida y color al conjuro de la arqueología, porque acertamos mediante ella a devolverles la vida. Nuestra tarea no es de necrófilos que revuelven tumbas y ciudades muertas, sino de apasionados enamorados de la vida que un día dejó de existir para ponerla otra vez en movimiento. Una vasija no es sólo un número del catálogo de un museo, una pieza que se mide, dibuja y clasifica, sino también una obra humana concebida y creada por una mente como la nuestra, moldeada amorosamente por unas manos que le imprimieron cariño-

samente una forma y utilizada por hombres y mujeres que posaron sus labios en el borde de la vasija; y esas huellas están aún, siquiera sea imperceptiblemente, en la vasija que arrancamos de las entrañas de la tierra en nuestras excavaciones. En nosotros estará el saber revivir el cálido matiz de aquellas manos y aquellos labios.

Esta es nuestra tarea; devolver a 600.000 años de tinieblas, a miles de kilómetros y a cientos de miles de seres, el amor que nos merecen como gentes que fueron como nosotros, con nuestros afectos y limitaciones, con las mismas urgencias diarias que les hicieron reír y llorar, gozar y padecer, vivir, reproducirse y morir, para en definitiva, ser

nuestra vieja familia. De aquí que la Arqueología y los arqueólogos sean piezas indispensables en el quehacer social; de aquí que las leyes limiten la propiedad privada frente a los yacimientos arqueológicos y prevengan que su investigación sea tarea estatal, porque en definitiva el arqueólogo-funcionario viene a levantar del suelo el libro de la historia perdida y a oficiar como un sacerdote en el altar que son para él las entrañas de la tierra. Por eso no basta con que el arqueólogo ponga al servicio de su misión la fría erudición que nace del cerebro, sino que ha de volcar, sin limitaciones y en aras de su gran amor a la humanidad, el corazón entero.

## ***Sobre unos Silos de Epoca Romana en Sagunto***

**Por Facundo Roca Ribelles**

*Durante las excavaciones realizadas para la instalación del alcantarillado y pavimentado de la calle de Alorco por el año 1956-57, aparecieron hasta ocho silos, cinco de ellos intactos, vacíos y con su tapa. Los otros tres estaban rellenos de escombros debido a que se habían hundido por el paso de carros y no se suponía lo que pudieran ser cuando ocurrió el descubrimiento, procediéndose a tapar el hueco aparecido en el suelo poco después, por ser esta calle muy estrecha y no permitir el hoyo la circulación de vehículos.*

*No tengo noticias de silos en otro lugar de Sagunto, aunque sí consta que en edificios de la misma calle en diferentes épocas, también ha habido hundimientos debido a otros silos que hay debajo de las casas.*

*Cuando al abrir la zanja para el alcantarillado aparecieron los pozos, solicité ayuda al ilustrísimo Ayuntamiento de Sagunto con el fin de explorar dentro de lo posible y extraer la tierra caída en su interior al abrir la zanja. El señor alcalde, a la sazón don José Blasco Such, mandó dos hombres en seguida, pero tuvimos la mala suerte de que una cañería de agua se reventara y nos impidió realizar los trabajos que nosotros hubiéramos deseado, debido a la rapidez con que se inundaron de agua. Solamente nos fue posible bajar a alguno de ellos y tomar las medidas a grosso modo.*

*Todos tienen las mismas características aunque de diferentes tamaños.*

*Sus medidas aproximadas son: altura, de 2 a 3 metros, y la anchura de*

2'30 a 2'40 metros.

Su estratigrafía es como sigue y se puede apreciar en el grabado adjunto.

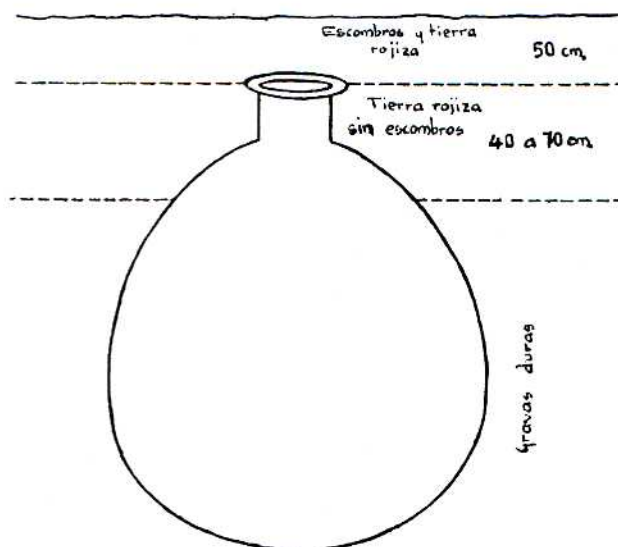
1.º) Capa formada por tierra rojiza y escombros que oscila entre los cuarenta y cincuenta centímetros, desde el nivel del suelo.

2.º) Capa formada por tierra rojiza limpia completamente de escombros, que oscila de cuarenta a setenta centímetros.

yoría están tapados con losetas de piedra arenisca, conocida por rodeno, pero dos estaban tapados con tégula romana.

Cuantos vieron estos silos quedaron maravillados de la perfección con que estaban contruidos los óvalos que los formaban, siendo el único material de su construcción la tierra.

No tenemos ningún dato que pueda fechar estos silos, pues las tégulas pudieron ser aprovechadas posteriormente, siendo muy curioso el que estuvie-



3.º) Capa gravosa muy seca, que indica que el lugar fue escogido por sus buenas condiciones.

Todos son de forma ovóidea, teniendo en el centro una boca estrecha como un cuello de botella, cuyas medidas son de 30 a 35 centímetros de altura y de 45 a 50 centímetros de anchura. La ma-

ran limpios y tapados, aunque vacíos.

Tenemos referencias de otros similares y atribuidos a época romana fuera de Sagunto.

En el escombros caído al fondo, al descubrir uno de los pozos, tuvimos la suerte de recoger parte del arco de una fíbula probablemente del siglo I al II d. J. finamente trabajada.